

Los sexos y los géneros. Conjeturas transdisciplinarias

Cecilia Sinay Millonschik

Se supone que he de hablar de sexo y género. Para mí es como discutir acerca del sexo de los ángeles o del uso de antibióticos. Entiendo que el humano, como ser biopsicosocial sólo me da para el asombro y no para la clasificación tranquilizadora. El hombre no es sólo un animal biológico, pero tampoco es sólo un ser social (creo). Además, personalmente, soy mujer. Las mujeres no somos prolijas. No manejamos los autos como los hombres lo exigen; andamos con demasiadas cosas entre manos: un crío colgando de las polleras, otro en la panza, un poquito de sangre que se pierde, un buñuelo a medio freír, algún peso que ganar y una loca aspiración de cumplir con cierta vocación, hacen de la mujer un ser en estado de asamblea. Su producto, mal puede ser ordenado. No se espere, entonces, que esto que escribo sea ordenado. Así, pues hablaré de sexo o de género según me vaya saliendo y, si alguien puede establecer con claridad si se trata de lo uno o de lo otro, ése no soy yo. Vamos, entonces.

Se dan fenómenos cuya homología o correspondencia me asombran; pero tampoco me puedo pronunciar al respecto. No sé a ciencia cierta si cuando los animales se comportan en sus cortejos sexuales de un modo tan pautado, que parece obedecer a leyes estrictas de supervivencia de los genes y, a la vez, se asemejan a la relación entre humanos o a ciertas situaciones clínicas, esta similitud es casual; todo lo que sucede parece un duelo, un coqueteo, un despliegue de poder. Elegir, ser elegido... Tampoco sé, pero me asombra, si el modo tan “maternal” en que se comportan las células de la placenta es algo más

o algo menos que una casualidad. ¿O una causalidad? No me puedo pronunciar acerca de estas homologías. Quizá son homólogos porque los ha estudiado el hombre (o la mujer); y su cabeza sólo le da para pensar lo que piensa. En ese caso lo superponible no sería el universo de observables sino las hipótesis que puede organizar el modo de pensar humano. Por eso a veces me digo: ¿las células piensan o nosotros explicamos de manera pensante fenómenos cuya complejidad se nos escapa? No lo sé, pero vamos.

Para comprender algo (o intentar explicarlo) he de llegar hasta las últimas consecuencias (que, para mí, son las primeras). De allí que necesite remontarme a la filogenia, la ontogenia, la diferenciación sexual, la hominización o la placenta, que es de lo que me ocuparé a continuación.

La diferenciación sexual y la muerte surgieron simultáneamente. Y, además, ambas parecen tener una función equivalente: garantizar la variación en el panorama que ofrece la Naturaleza procurando dar las mejores posibilidades para la supervivencia de las especies por selección de la más apta entre todas esas variaciones.

Los organismos no sexuados (los que existen actualmente y los que hubo en el comienzo de los tiempos) se reproducen por mitosis, es decir por división de sí mismos. Con ello podemos decir que su soma, lo que físicamente son, no muere, sino que se replica indefinidamente. Con la reproducción sexual y con la complejidad de los organismos, el soma individual muere y lo que, eventualmente, sobrevive, son las gametas que, por el mecanismo de la meiosis, irán a reunirse con la clivada mitad de la otra parte.

Me interesa ahora hablar de la forma en que se genera la diferencia sexual. Al comienzo del embarazo los embriones son de sexo indiferenciado (en cuanto a su fenotipo –es decir: a sus características somáticas– no hay diferencia entre el embrión masculino y el femenino), si bien algunos portan el cromosoma Y, y otros no. La presencia del cromosoma Y (que es paterno) es la que determinará el sexo. En realidad deberíamos decir que es el padre el que determina el sexo (con su X hace una mujer y con su Y un varón).

También es necesario aclarar que el sexo no es uno solo sino que

tiene muchos niveles: fenotípico, cromosómico, cromatínico, génico, endócrino, psicológico, social, jurídico. Debemos recordar cuál es, según los científicos, la razón por la que tenemos sexo. Y también por qué dos sexos.

Por la vía de la mitosis (división del organismo original sin intercambio sexual) los “hijos” son iguales a los “padres”. Y, por ende, todos los individuos de una población tienen exactamente el mismo equipo genético. En esos casos, en que todos son idénticos, todos pueden ser afectados si sucede algo imprevisto: lo que mata a uno, los mata a todos. La reproducción sexual (por el mecanismo de la meiosis, que garantiza la unión de la mitad del equipo cromosómico de la hembra con la mitad del equipo cromosómico del macho) garantiza una variabilidad mucho mayor y hace a la especie más apta para los cambios ambientales y la selección natural. El sexo garantiza un óptimo de variabilidad: ni demasiado iguales a los “padres” ni demasiado diferentes de ellos. Ahora bien: ¿por qué dos sexos y no tres, ocho o veintisiete? Porque una de las células sexuales se especializa en adquirir el menor tamaño posible que le permita transmitir velozmente información (lo hace nadando y necesita líquido para sobrevivir, si no lo tiene en el medio ambiente, debe meterse en el cuerpo de una hembra) y la otra se especializa en alcanzar el mayor tamaño posible que le permita almacenar alimentos para el huevo con efectividad (ésta permanece inmóvil). Se cumplen así las dos funciones que garantizan la procreación. Por ende, sólo los polos de la escala garantizan el máximo rendimiento y la máxima especialización; los intermedios no tienen (o no tendrían) suficiente velocidad o suficiente alimento y serían una especie de híbrido poco eficiente para cumplir acabadamente con cualquiera de los dos papeles; por eso no hay más que dos sexos: los de los polos de máxima velocidad y máximo almacenamiento. Los tres, ocho o veintisiete sexos intermedios que pudieran haberse desarrollado, simplemente, no tuvieron razón de ser. Menos mal, porque si con dos sexos las cosas son ya tan complicadas, imaginemos lo que habría sucedido si fueran más, o un número impar. Igual, ahora parece que sería posible que hubiera veintisiete o más sexos. Qué sé yo. Igual, la que tiene útero es la mujer (creo).

Algunos seres no son ni machos ni hembras: son hermafroditas. Pero los hermafroditas (que podrían autofecundarse) también se cruzan para garantizar, de este modo, una mayor variabilidad. Es decir que, aun siendo machos y hembras funcionan como machos o como hembras, en general sucesivamente. Moluscos, crustáceos, reptiles, artrópodos y más van cambiando su sexo según variables de temperatura, tensión de anhídrido carbónico, posición y demás condiciones ambientales. Pueden ser alternativamente machos o hembras, perder sus testículos, reproducirse partenogenéticamente, dosificar el espermatozoide hasta que se produzcan machos, hembras o estériles (como los zánganos). En otras especies hay sólo hembras. Y hay unos monos llamados amadridas entre los cuales los machos, en situación de stress, retraen el escroto, toman la apariencia de hembras y funcionan como tales. Hay también unos ciervos pequeños que alcanzan su madurez sexual antes de tener una envergadura suficiente como para luchar por una hembra, por lo que –durante un año– funcionan homosexualmente hasta alcanzar la talla y cornamenta adecuadas para intervenir en las luchas con otros machos. No sé si cabe hablar de género en estos casos. Si género es cultura, obviamente, no; pero si género es cambiar de sexo por la influencia del entorno...

No debemos olvidar, tampoco, que en los humanos persisten vestigios de su primitiva bisexualidad potencial o, digámoslo así, de su hermafroditismo genético. Cada hombre y cada mujer llevan en sí órganos rudimentarios, atrofiados, que son los rastros, los resabios, del otro sexo que hay en ella o en él. Además de muchos que tienen nombre técnico, porque sólo los científicos saben de ellos (conductos de Wolff o de Müller, etc.) observemos (porque eso está a la vista de todos nosotros) que los hombres tienen mamas rudimentarias (tetillas) y las mujeres pene rudimentario (clítoris).

También en el humano, a veces, excepcionalmente, las hormonas maternas en exceso o desfasadas en el tiempo (durante la gestación) influyen feminizando un feto masculino, o feminizando el cerebro pero no el fenotipo.

Sea cual sea su sexo cromosómico, el embrión humano empieza desarrollando una genitalidad indiferenciada y común a ambos sexos.

Si el embrión es XY, en la séptima semana la gónada indiferente se transforma en testículo. Si, en cambio, es XX sus gónadas permanecen indiferentes hasta la novena semana, a partir de la cual se desarrollará femenino. Esto plantea una pregunta interesante: lo que determina femineidad ¿es la presencia de X o la ausencia de Y? Para que un embrión sea varón es necesaria la presencia de los testículos; en su ausencia el embrión –fenotípicamente– será mujer aun cuando no tenga ovarios. El ovario no cumple el papel feminizador: sin ovarios y sin testículos el resultado es –fenotípicamente– una mujer. El sexo natural, en ausencia de gónadas, es femenino y para que aparezca un varón es necesario que haya testículos, que se forman por algo así como una reacción antígeno-anticuerpo relacionada con el cromosoma Y que transforma la gónada indiferente en testículo. Es decir, extremando muy poco las cosas, que los testículos se forman gracias a una especie de reacción antígeno-anticuerpo desencadenada por el cromosoma Y en un feto hasta ese momento fenotípica y gonadalmente indiferenciado, en la séptima semana de embarazo. Ya hemos dicho que la división de las gametas no tiene que ver sólo con su partición sino también con su distribución de tareas. Hay dos funciones importantes, fundamentales, en cuanto a la procreación: transmitir información y alimentar el huevo. Potencialmente cualquiera de las gametas podría ocuparse de estos dos asuntos; pero, por alguna razón, la gameta masculina ha quedado encargada de ser, primordialmente, transmisora de información (especialmente la sexual a través de su cromosoma Y) y la femenina ha quedado con la tarea de alimentar. Eso hace también a la diferencia morfológica entre ambas: la femenina se especializa en tamaño (debe almacenar y almacenar) y la masculina en velocidad (debe vencer obstáculos y triunfar en una competencia ardua para llegar antes a unirse con la gran gameta alimentadora). Así nacieron el espermatozoide y el óvulo.

Pero acá no terminan las cosas, porque ni los óvulos ni los espermatozoides andan solos por allí. Son portados por individuos femeninos o masculinos y, desde luego, se inscriben en una compleja trama de epifenómenos que constituyen ni más ni menos que la conducta sexual de las especies.

Para el soma que porta los espermatozoides (léase macho de la especie) es conveniente, a efectos de un mayor éxito reproductivo, una conducta sexual “promiscua”: cuanta mayor cantidad de coitos, mayor posibilidad de fecundar el mayor número de óvulos. A la hembra, en cambio (también a efectos de la sobrevivencia de la especie) le conviene un máximo de selectividad: elegirá el “mejor” macho (cualquiera sea el “criterio” que tenga para determinarlo).

Todo esto entraña conductas complejas retroalimentadas y recíprocamente restringidas. Citaré algunas: los machos se especializan a menudo en características que los hagan “elegibles”. En las aves, por ejemplo, pueden desarrollar plumajes vistosos y abundantes (como el pavo real) que los hacen particularmente apetecibles. Esto mismo, en general, les impide moverse con agilidad, son torpes y caen fácilmente en las garras de sus predadores. Digamos que su “coquetería” les cuesta bastante más que fecundar un huevo. En estos casos, en cambio, las hembras son feúchas, pequeñas, grises o pardas, se escabullen fácilmente, burlan a los predadores y portan con bastante mayor seguridad sus huevos. Para ellas, de todos modos, el costo tampoco es bajo: gran cantidad de su energía útil está al servicio de la lucha por llevar a buen término la cría. Las estrategias son sumamente variables y, primera vista, arbitrarias o peculiares. Sin embargo, desde la óptica darwiniana, parecen coherentes. Veamos: muchas aves cuidan sus huevos en pareja “monógama”; los pingüinos, por ejemplo (aunque los estudios genéticos parecen demostrar que, en muchos casos, los huevos no son de ese macho y, en ocasiones, ni siquiera de esa hembra, sino de algún visitante “perezoso” que los dejó allí). ¿Por qué esa “monogamia” de empolle? Parece ser que, en esos casos, se turnan el macho y la hembra para incubar el huevo (aunque el aparato “calentador” de él no es tan eficiente como el de ella); ¿la razón?: aparentemente, si uno se va, el otro también, y dejan el huevo solo; de modo que cada uno se queda allí para cuidar que el otro no se vaya. En los mamíferos, en cambio, la hembra ya perdió: el embrión se hace feto y cría dentro de su cuerpo y el macho puede irse en busca de mejores ventos. Entre los peces, con fecundación extracorpórea, las hembras ponen los huevos, que quedan en el agua y los machos deben pasar por

allí después para fecundarlos (ya que los espermatozoides viven menos que los óvulos). Allí, los que pierden son los machos, que deben quedarse para cuidar que los predadores no devoren sus frutos.

Y en el humano, en el humano...

El hombre (a diferencia de algunos primates superiores) abandonó la espesura y conquistó la sabana. Se bipedestó. Echó su mirada al horizonte. Liberó sus miembros anteriores que se hicieron extremadamente hábiles. Sus manos se movieron de maneras complejas y sofisticadas y (tal como lo hacen hoy en día los niños o algunos adultos) volteaban, sacaban y entraban la lengua, acompañando esos movimientos; lo cual, junto con su laringe especializada, contribuyó a hacerlo un hablador. Su cerebro, y por ende su cráneo, tienen un tamaño proporcionalmente muy grande (tanto movimiento de manos, lengua, mirada tendida al horizonte, creciente capacidad de abstracción parecen tener que ver con ello). Al bipedestarse la hembra humana apoya los cóndilos de sus fémures muy fuertemente contra la pelvis, que se estrecha. El feto humano (si cumpliera con los mismos tiempos proporcionales de sus parientes los primates) debería alcanzar veintidós meses de gestación. Pero en esas condiciones semejante cabeza no saldría por la pelvis. Y allí nace el ser humano, prematuro, con sus fontanelas abiertas, casi un marsupial. Y la hembra humana carga con él. Por otra parte, los humanos tienen muy pocas crías (generalmente una por vez). El cuidado de las crías es inversamente proporcional a la cantidad de ellas. Las tortugas pueden darse el lujo de poner sus huevos en la playa, a cierta distancia del mar y de que en ese trayecto, recorrido por las crías desde la ruptura del huevo hasta el agua, los predadores se coman a casi todas ellas. Los huevos son cientos y con que sólo lleguen algunas tortuguitas al mar es suficiente. Pero cuando se tiene una sola cría... Una de las hipótesis acerca de las razones de la creciente extinción de los gorilas (además de la existencia de cazadores furtivos y matanzas importantes) señala que “los gorilas ponen hijos como los humanos y los cuidan como las tortugas” (caricaturizándolo, claro). Cuando se tienen pocas crías, o una sola, nadie se puede dar el lujo de no sobreprotegerlas. Hemos dejado a nuestra hembra humana por allí con su cría marsupial. Un macho cerca

resulta casi imprescindible. La hembra en esas condiciones no es hábil para cazar ni para defenderse con rapidez y fuerza de los predadores. La capacidad de la hembra humana de aceptar sexualmente al macho sin relación alguna con su período fértil es parte de las tácticas que favorecen la permanencia de cada macho cerca de cada hembra. La familia, la sociedad...

Y a medida que el humano se fue sofisticando, también lo hicieron sus aspiraciones. Ya no se trata solamente de que sobrevivan los genes, sino también las numerosas cosas que pasan a formar parte de su patrimonio: bienes, apellido, honores... Y ¿a quién dejárselo? Sólo se podía tener certeza acerca de quién es la madre de alguien. Pero ¿y el padre?... De allí al patriarcado, a la sociedad conyugal, a la monogamia y a las leyes de parentesco no hay más que un paso. Y, desde luego, ninguna ley de conducta (ni desde el punto de vista genético ni desde el punto de vista social) es unívoca. Todo empieza a sufrir regulaciones infinitas que consideran el beneficio de los individuos, los genes y las especies.

Así, por ejemplo, el óvulo gana en la medida en que aumenta su tamaño. Pero dentro de ciertos límites: su tamaño no es útil si sobrepasa el necesario para alimentar un huevo o el que la hembra que lo alberga es capaz de portar; más allá no tiene sentido crecer. Asimismo, un macho gana posibilidades para sus espermatozoides cuanto más “promiscuo” sea; pero siempre dentro de ciertos límites: por más “promiscuo” que sea, nunca su dotación genética será más que medio huevo y, para poder de algún modo prestar atención a su cría (como ello sea necesario para cada especie) hay un número óptimo de hembras y crías de las que se puede hacer cargo. Una hembra evaluará también si le conviene más ser la única de un macho “dueño” de un territorio pobre o la segunda o tercera de un macho “dueño” de un territorio extenso y fértil. Recuérdese, por ejemplo, la película “Esposas y concubinas”; porque en el ser humano... Las estrategias, las tácticas, los “rebusques” son aquí infinitos. Pero eso sí: es una guerra permanente. Una lucha sin tregua entre la identidad, la alteridad, la procreación. Todo lo que hay que ceder del sí mismo para seguir dejando del sí mismo en el mundo. Todo lo que hay que postergar para

procrear. Toda esa salvaje exigencia que nos pide, una vez y otra; que nos llama, con fuerza inexorable, sin prisa y sin pausa, para dejar nuestra media simiente. Para compartir con otro que me necesita para compartir mi mitad, como yo necesito la suya; pero cuya mitad hace bien evidente que no puedo privarme de ella ni, bajo ningún concepto, cancelar la mía.

Pasemos a otro asunto: en la intimidad de los tejidos existen complejos mecanismos moleculares que hacen a la aceptación o rechazo de lo extraño al organismo. El sistema inmunitario, en condiciones normales, es capaz de distinguir “lo que soy yo de lo que no soy yo” y de reaccionar “violentamente” ante lo ajeno. Es como si, en la intimidad de las células, hubiera mecanismos capaces de establecer una clara diferencia entre identidad y alteridad; valga el desliz.

Hay excepciones y/o anomalías en relación con esta aptitud. Las reacciones autoinmunes son una de ellas; pero aquí no me ocuparé de este aspecto sino de la forma en que esto funciona cuando se trata de la unión de los sexos. Ya hablé del modo en que se forman los testículos. Ahora hablaré de la placenta: ése es el sitio en el que se alberga y crece algo “que soy yo y no soy yo”; no sólo porque el feto no es la madre, sino porque sólo la mitad de ese feto es cromosómicamente idéntica a la madre; el resto le es ajeno. ¿Y por qué salvo en muy pocos casos (como el conocido de incompatibilidad Rh) los tejidos de la madre no rechazan el feto?

Porque la Naturaleza es sabia, cualquier cosa que ello quiera decir. El feto se alimenta de la sangre materna y esto sucede por la estrecha relación que se establece en la placenta entre los tejidos embrionarios y los vasos sanguíneos de la madre. La placenta funciona, además, como pulmón, intestino, riñón e hígado del feto. También como ovario, anterohipófisis y, muy probablemente, hipotálamo. Ahora bien (y disculpen otra vez el lenguaje excesivamente especializado, pero quiero –por un momento– decirlo como lo dicen los científicos; luego lo aclararé); la placenta, además, es una situación biológica con importantes implicaciones inmunológicas, ya que el complejo placentario-fetal puede considerarse como un aloinjerto natural resistente al rechazo; y la unión ultraestructural íntima sugiere que el

epitelio uterino no reconoce la estructura “extraña” del trofoblasto (huevo incipiente).

En resumen, y para decirlo de un modo en que todos podamos entenderlo; hay una enorme cantidad de complejos mecanismos que hacen que la placenta se comporte con el embrión de un modo peculiar y absolutamente diferente del que pondría en juego, normalmente, cualquier tejido. Ese modo implica que la placenta no reconoce ni rechaza al embrión como a un “extraño”. Pierde, también, esa aptitud para distinguir “lo que soy yo de lo que no soy yo”. Y esto es una excepción única en el sistema inmunitario normal. ¿Qué es esto de que haya un organismo apto para la alteridad? En términos celulares todo está preparado para que la identidad “triunfe” sobre la alteridad. Las células se comportan como las organizaciones sociales que expulsan lo extranjero. Pero hay un régimen biológico que sólo alcanza la plenitud mediante la fusión con lo que no es él mismo.

Cuando encuentro que me pregunto por qué la madre no rechaza al hijo que está en su vientre si le es ajeno, si es un extraño (al menos la mitad de él); cuando me sorprendo de que eso suceda sólo en casos de incompatibilidad Rh; cuando creo haberme hecho una pregunta filosófica que tiene que ver con el sí mismo, con la identidad y con la alteridad; me encuentro con la sorpresa infinita de que la placenta “ha pensado” lo mismo que yo. Efectivamente: toda ella está preparada para no rechazar a ese ser que la habita; sus células han aprendido a “hacerse las osas” y bajar la guardia (como no lo hace ninguna otra célula “normal” del cuerpo) respecto de lo que le es propio o le es ajeno.

Ese gran “tumor benigno” crece dentro de la madre, sin que ella se anoticie totalmente de su existencia (en términos de inmunidad, claro). Pero este “tumor” sólo la parasitará durante un tiempo, luego saldrá de ella –físicamente– y, salvo durante un tiempo de “marsupialidad”, seguirá su camino.

Cuando las cosas se me presentan así, suelo preguntarme si la placenta piensa o la mujer “placentea”.

El sistema inmunitario se levantaría en pie de guerra pero su contrincante es nada menos que la continuidad de la especie. “El

complejo placentario-fetal puede considerarse como un aloinjerto natural resistente al rechazo; y la unión ultraestructural íntima sugiere que el epitelio uterino no reconoce la estructura ‘extraña’ del trofoblasto”.

Cuando leo cosas como ésta se me corta la respiración, se me vuela la cabeza y digo: “Dios mío, ¿qué es esto?”. Porque el párrafo es muy claro. El problema es lo que no se ve. Y que sabemos que, aunque parece chato, tiene más de dos dimensiones. Las otras permanecen inaccesibles.

Bueno, ahora el Psicoanálisis. Me pregunté muchas veces por qué en Psicoanálisis se ha escrito tanto sobre Edipo y tan poco sobre Yocasta. Podríamos decir que el falocentrismo de buena parte de la teoría psicoanalítica tiene que ver con ello; y es posible. Pero hace tiempo he dejado de pensar que hay una causa para cada efecto. Creo que la cosa es mucho más compleja. La dialéctica femenino-masculino (y no la llamo hombre-mujer porque no creo que cada sexo sea unívocamente portador de una sola de esas características) abarca un entramado complejo que es biológico, es psicológico y es cultural. Las leyes de la sangre y las leyes del poder se debaten en la pugna entre muerte e incesto. Efectivamente, todo el mundo parece poner el grito en el cielo porque Yocasta y Edipo cometieron semejante pecado, transgresión, acto psicótico, cristalización perversa, o como quiera llamársele según la óptica de cada quien. Pero poco y nada nos escandaliza que Yocasta se haya preñado por la astucia, que su hijo le fuera arrancado al nacer y lo recuperara en una especie de vuelta sardónica del destino, para perderlo otra vez.

¿Por qué tanta agitación por el incesto o por si es el sexo o el género, o si hay que ser así o asá y tan poca por la muerte y por la guerra? ¿Qué temblores sufrirían el patriarcado, las leyes, las teorías y el orden establecido si se nos ocurriera invertir los términos? ¿Cómo no nos llama la atención que hagamos tantos Congresos y Simposios sobre Edipo cincuenta años antes o cincuenta años después, que tengamos Edipos tempranos, tardíos y sepultados y que nadie reclame una Yocasta? Cuando algo está demasiado silenciado, algo debe oponerse a que se diga. ¿Cuál puede ser el escándalo, qué cosa correría el riesgo

de desmoronarse si se nos ocurriera preguntarnos, aunque sólo fuera por un instante, si habrá alguna razón para condenar tan severamente el incesto y permanecer distraídos ante la desaparición de los hijos? ¿Qué es lo que estamos mirando y qué lo que estamos tratando de no ver? ¿Qué orden establecido estamos sosteniendo? Si bien puede parecerlo, esto no es una apología del incesto. O sí. Para desmistificar ciertas tranquilidades obvias.

Porque nuestras hipótesis científicas no son objetivas. Y no sólo porque ninguna cosa humana puede serlo, sino porque las cosmovisiones y los sistemas de valores de una persona o de una época condicionan qué –del enorme campo de posibilidades– vamos a observar. En qué hemos de poner la mira y, sobre la base de este recorte, cuánto hemos de dejar afuera.

Si muchas veces incluyo el punto de vista de otras disciplinas es porque, para mí, eso implica otro punto de vista que permite replantearnos el propio.

El Psicoanálisis, siendo como es, una Ciencia que incorpora y legaliza la subjetividad, la ambigüedad, la óptica múltiple, la relatividad y el estructuralismo; va y viene en su postura teórica frente al asunto de la Androginia, la bisexualidad, la homosexualidad, la heterosexualidad... Y oscila a la hora de pronunciarse acerca de la posibilidad de caracterizar las conductas en este terreno como “sanas” o “enfermas”. A propósito: creo que éste es uno de los grandes problemas: ¿sano o enfermo? lleva consigo la impronta del positivismo, para el cual las cosas son de una manera, demostrables, definibles y mensurables. Esto no le pasa sólo al Psicoanálisis, creo. Pero a mí, por razones obvias, me interesa el Psicoanálisis. Y me interesa, además, que el Psicoanálisis no quede como una ciencia de museo. Y creo que, cuando, sin darnos cuenta del todo, seguimos hablando de envidias (del pene o del útero, tanto da) del falo o de la castración nos estamos perdiendo algo de los tiempos que corren. De la teoría psicoanalítica voy a hablar poco, sólo lo imprescindible para mostrar algunas cosas que tienen que ver, a mi juicio, con el asunto del que nos estamos ocupando.

Freud habla claramente de la bisexualidad y aun menciona a Platón,

haciendo referencia al mito del Andrógino en relación con el anhelo de volver a un estado anterior. Mantiene, por otra parte, a lo largo de toda su obra, la idea de una bisexualidad que acompaña al humano durante toda su vida. Klein, a su vez, habla de pareja combinada, mujer fálica, etc., lo que implica la idea de un hermafroditismo o una androginia formando parte de la fantasmática inconsciente. Es parte del conocimiento que circula entre los psicoanalistas que un terapeuta hombre puede funcionar como mamá y, aunque menos habitualmente, la recíproca. Sin embargo, también hay en la teoría evidencias de actitudes y posturas epistemológicas bien diferentes de las que acabo de enunciar. Así Freud sostiene que la mujer debe aceptar su castración (dada su falta de pene) y sobrellevar por siempre la envidia de quienes lo portan, paliada sólo –y parcialmente– por la maternidad. Klein defiende acaloradamente la postura especular: lo que se envidia (en esto ella es generosa: tanto los varoncitos como las mujercitas) es el útero-vientre lleno de bebés, penes y otras innumerables riquezas. Es extraño que haya posturas machistas o feministas en la teoría; sin embargo creo que no hay más que inclinarnos ante lo que una y otra vez nos sorprende, aunque lo sabemos: nuestras opiniones (aun las científicas) están impregnadas de ideología y subjetividad.

Jung sostiene con fuerza la complementariedad de los contrarios en una buena integración personal. Habla del Animus y el Anima, equivalentes del principio masculino (Yang) y del femenino (Yin); y se extiende en sus implicancias metafísicas, religiosas, clínicas y teóricas, de un modo que contiene correlaciones y contactos con algunas de las cosas que aquí propongo.

Otto Rank habla de una versión tardía y racionalista del mito de Narciso, que atribuye a Pausanias, versión que también figura en la Enciclopedia Británica, y que me resulta muy interesante porque modifica un tanto la óptica que podemos desplegar en relación con el narcisismo. El asunto es que el desdichado Narciso habría tenido una hermana melliza, idéntica a él por entero en vestimenta y aspecto, que murió dejándolo inconsolable. Dice esta versión que lo que Narciso buscaba en el agua, a través de su propio reflejo, era a ella; ya que, aun sabiendo que se trataba sólo de su sombra, experimentaba cierto alivio

a la pena por haber perdido a su amada hermana, su novia, su contrapartida. Esta versión me parece interesante porque habla del doble o del *alter-ego* femenino de Narciso, de cuya pérdida jamás pudo consolarse y con quien buscó, infatigablemente, re-unirse.

Lacan habla claramente de la falta y, aunque no se refiere estrictamente al pene (Lacan hace un fuerte salto en el terreno del símbolo, el significante y la metáfora) no puede, sin embargo, desprenderse de un lenguaje que llama falo o castración y no de otro modo a lo que fuere que así llame. Y eso no es poca cosa en boca de alguien que, casi mejor que ninguno, habló del peso que tiene sobre nosotros el lenguaje.

Quiero agregar dos asuntos que me interesan. Uno es el autoritarismo de decretar qué es sano y qué es enfermo, qué normal y qué anormal. Creo que la vida es lo suficientemente compleja y misteriosa como para que alguien se arroge el saber de determinar si es mejor vivirla así o asá. Cada quien le encontrará el sentido que pueda y vivirá de acuerdo a ello con el menor sufrimiento posible. El otro es que tengo la impresión de que hay más travestis que son hombres y lucen apariencia femenina que a la inversa. Así mismo, ha habido en la historia mujeres que se han vestido como hombres (por ejemplo George Sand o La Monja Alférez) y me parece que su elección no tenía que ver con el sexo sino con el poder y otros factores. Quizás deberíamos preguntarnos algo, no sólo sexual, con respecto al transvestismo actual. Personalmente, creo que hay idiosincrasias de lo masculino y de lo femenino y también creo que están distribuidas no homogéneamente entre hombres y mujeres.

Así como no puedo (y creo que no quiero) definir claramente si Sexo o Género, tampoco puedo hacerlo acerca de si Ciencia o si Arte. De modo que, habiendo hablado hasta acá la científica (se supone) hablará ahora la poeta (o algo así).

* * *

Se irguió con dificultad; por los dolores de espalda que le habían dejado numerosos embarazos, algunos partos y ciertas lactancias; y escuchó atentamente la pregunta clara y retorcida de la Esfinge:

–¿Cuál es el animal que a veces es uno, a veces dos, a veces tres...?
Yocasta fijó sus ojos en los de ese ser extraño que la interrogaba y le contestó sin hesitar:

–Ese animal es la mujer.

Y la Esfinge, que se arrastraba yerma, implacable condena por su altiva hibridez; compartía, sin embargo, con Yocasta, ese saber ancestral de todas las mujeres.

Así es que las dos se miraron tierna y tristemente, se abrazaron y lloraron durante un tiempo de siglos.

Y pasado todo es tiempo, la Esfinge volvió a preguntar, pero esta vez lanzando su interrogante a los vientos:

–¿Y qué hacen los hombres para ignorarlo?

Yocasta contestó, sin embargo, como si la pregunta hubiera sido dirigida:

–La muerte, la guerra.

O quizá por su boca contestaron todos los vientos. Los de Oriente y Occidente, los Boreales o los Alisios, los Monzones, los que llevan las canciones de cuna del mundo.

Del que es ahora. Del que se fue. Del que seguirá siendo. Tal vez. Y Yocasta sintió también los retortijones en las entrañas. Como los de aquel día, en que en realidad ya era crepúsculo, cuando oyó las voces que repetían lo que decían había dicho la Pitia, sentada como siempre sobre ese trípode que en Delfos dejaba salir los vapores del Onfalos (que –de una u otra manera– servían para drogarla y hacerle decir lo que repetirían en hilera interminable los hombres):

–Ese niño debe morir.

Son las mismas voces que antes y después lo dijeron tantas veces e hicieron el dolor de tantos vientres de mujer. Innúmeros soldados de Zeus, de Jehová, de Cristo; iban a ser o habían sido dichos, cuando aún estaban en los vientres de sus madres:

–Ese niño debe morir.

La Esfinge recorre, con su mirada de águila, los campos de Grecia. Y ve siempre hombres muertos, con los vientres abiertos y las vísceras afuera y los pájaros carroñeros que las devoran y ve en espejo lo que hacen los augures cuando abren el vientre de las aves

para ver en sus vísceras el destino de los hombres. Quien cree que abriendo y mirando las vísceras va a encontrar otra cosa que vísceras está ciego.

Ciego mirando las vísceras.

Las mujeres enjugan rápidamente la sangre para que no se vea el sufrimiento.

La sangre de las heridas, de la matriz, de las guerras o de los menstruos. Las mujeres son grandes comedoras de sangre, vampiros carroñeros de sangre reseca, de sangre doliente, de sangre derramada. La sangre persigue a las mujeres como perro de presa, siempre hincada en sus tobillos, pronta a treparse y arrancarle, de a mordiscos, la vida.

Las mujeres, hechas de sangre, la amasan y la enjugan incesantemente, sacando y poniendo la vida, sin detenerse, como Penélope, hasta que terminan por no saber si tejen o destejen, sin más tino que el de mover los dedos, la lengua, los ojos, sin detenerse; siempre sin detenerse.

Las mujeres van tanteando, ciegas; y en sus dedos se reseca la sangre fresca.

—A tejer sangre, mujer, a tejer sangre. Es el sino de tu estirpe. Es igual: ahora ya lo sabes. Deja que él se lave las manos.

Himeneo sangra en tu puerta.

La Luna asoma, hendida, sobre el barranco. Lloro, infinita, la pena de sus mujeres muertas. Los hombres mueren al Sol, de guerra. Las mujeres mueren de Luna, heridas de amor. Mientras los hombres duermen en sus campamentos y roncan sueños de batallas que reiniciarán con el Sol nuevo, las mujeres se deslizan oscuramente, bajo la Luna, libando su semen, tejiendo y tejiendo hijos que les serán arrancados, antes o después: “Ese niño debe morir” desgarran los vientres de todas las madres de toda la historia. Debe morir porque es el hijo de él. Sólo duerme un trecho en tu seno. Allí, en la puerta, están esperándolo para matarlo. Si fuera niña, la Luna empalidecería su piel y seguiría con el destino de portar a sus hijos y enterrar a sus muertos. Las mujeres recorren, infatigablemente, los campos, echando terrones de Grecia sobre sus muertos.

¡Ay Layo! ¡Cómo querría ser como tú! Los dioses dicen y tú obedeces. No te rebelan sus designios. Puedes escuchar las advertencias más soeces y acatarlas. Puedes escuchar las advertencias más soeces y acatarlas. Y cumplirlas.

* * *

¡Sálvalo, Layo, sálvalo de su destino nefasto! Matará a su padre. Muero en sus brazos cuando acaricio los pechos de niño de Yocasta. Mi hijo, ella y yo, compartimos el lecho. Y cada vez, cuando se acerca el goce, sé que morimos juntos. ¿Y si no fuera necesario matarlo? ¿Y si al matarlo cada pedazo cobra vida y un ejército de tus propios engendros te ataca? ¿Y si reviven y se multiplican? Tres, dieciséis, treinta y siete, infinitos brazos alzados contra su padre. Te matará o te castrará hasta agotar tu simiente. Mátalo, Layo, su muerte no tiene remedio. Su vida tampoco lo sería habiendo matado a su padre. Si ella no te hubiera engañado, perra maldita, no estarías ahora en esta encrucijada del dolor sin nombre de matar a tu hijo para salvarlo del dolor sin nombre de matar a su padre y engendrar dentro de su propia madre. ¡Sálvalo, Layo, sálvalo de su destino nefasto! ¡Que sus ojos no vean lo que los ojos de los hombres no están hechos para ver! ¿Por qué, Yocasta, por qué desoíste el designio de los dioses? Por tus ojos pasa una y mil veces la escena. Tu hijo, tu pobre hijo, ésa tu réplica, padeciendo los horrores de la duda, el terror de los dioses, el rayo de Zeus. ¡Mátalo, Layo, sálvalo! ¿Cómo resistir el tormento de ese cuerpo, que es cuerpo de tu cuerpo, sin perder tus ojos el sentido? Las mujeres no tienen sino corazón: que quieres tener un hijo, que quieres tener un hijo. Si sabes, si se te ha dicho, si los dioses han decidido que tu vientre sólo albergue monstruos. ¿Cómo puede tu empecinamiento llegar hasta el desafío y la ceguera? ¿Cómo pudiste, Yocasta, atreverte a tales extremos? ¿Cómo alzaste así tu desobediencia ante los dioses? ¿Qué soberbia, qué ceguera movió tu corazón para desoír de semejante modo los designios? Yocasta: ¿qué será ahora de nosotros?

¿No temes? ¿Es que los dioses ante los cuales hemos jurado amor,

fidelidad y familia, ya no significan nada para ti?
¿O es tal tu necesidad de ver crecer tu vientre que cualquier otra razón es insuficiente?
Yocasta: ¿por qué lo hiciste? ¿Por qué arrancaste, sin mi permiso, mi simiente? Tú dices: ¡mi hijo!, ¡mi hijo!
¿No es, acaso, mi hijo?
Tú me lo has arrancado así como gritas. Así también yo voy a arrancártelo. Las mujeres sólo tienen garganta para gritar.
¡Sálvalo, Layo, mávalo !
¡Sálvalo del destino parricida e incestuoso de tu estirpe! ¡Es tu hijo, Layo, es tu honra! ¡Sálvalo!
¡Pluguiera a los dioses que fuera una niña! Esa sería demasiada indulgencia por parte de los dioses; ellos nunca obran de semejante modo. Yocasta: si de tu vientre saliera una niña, echaría por tierra los designios. Morirían los dioses. ¿Qué sucedería entonces? Si sólo pudiera gozarte estas lunas sin preguntarme. ¡Cómo pudiste, Yocasta, cómo pudiste –con el pretexto de la vida– colocarme en esta encrucijada que sólo tiene como salida la muerte!
Si no fuera porque te amo tanto que no puedo vivir sin ti, sería tu vientre el que apuñalaría. Tu vientre carroñero, en el que la vida se nutre de la muerte.
¡Te odio, Yocasta, mi amor!
Layo se detiene un instante con el niño en los brazos. Hasta hace unos segundos lloraba; ahora que él extiende los brazos desmañados en ofrenda, el niño aferra una de sus manecitas con la otra y deja de gritar. Layo flexiona un poco los brazos y, sin ver a su hijo, desvía los ojos, en rápido nistagmo, a derecha e izquierda: a un lado Yocasta, clamando por la vida del niño; al otro el Oráculo, ordenando su muerte. Y Layo con ese niño en los brazos, que le quedan chicos para la decisión que le ha dejado el destino. Chicos para la responsabilidad que los dioses le entregaron con la vida. Frente a la encrucijada, toma por un atajo y el niño cae en manos de unos pastores que se cruzan llevando sus cabras. Layo nunca confiará a nadie –ni a Yocasta– su secreto.

* * *

Advertí de entrada que esto no iba a ser prolijo. Y, efectivamente, no lo fue. Razón y pasión, intuición y rigor, se cruzan más o menos como vienen. ¿Será porque soy mujer? Porque –mal o bien que me pese– ése es mi sexo, o mi género. Y, después de todo: “¿qué más puede ofrecer una mujer?”

Bibliografía

- BEAUVOIR, S. DE. *El segundo sexo*. Buenos Aires: Siglo XX, 1972.
- COWAN Y COL. *Fertility and Sterility*, 45: 820, 1986.
- CURB, R. Y MANHAN, N. *Monjas lesbianas –se rompe el silencio–*. Barcelona: Seix Barral S.A., 1985.
- CHEMES, H. Los determinantes biológicos de la sexualidad humana y su rol en el complejo mosaico de la diferenciación sexual. *Psicoanálisis* (Revista de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires), vol XVI, nº 2, 1994.
- DARWIN, C. *El origen de las especies por la selección natural*. Madrid: Librería Bergara, 1936.
- *El origen del hombre*. Santiago de Chile: Zig-Zag, 1939.
- DAWKINS, R. *El gen egoísta*. Barcelona: Labor, 1979.
- DAYA Y COL. *Fertility and Sterility*, 49: 360, 1988.
- DIAGNOSTIC AND STATISTICAL MANUAL OF MENTAL DISORDERS (*Sexual and Gender Identity Disorders*). DSM-IV™. Published by the American Psychiatric Association. Washington DC, Fourth Edition.
- DÍO BLEICHMAR, E. *El feminismo espontáneo de la histeria. Estudio de los trastornos narcisistas de la feminidad*. Madrid: Adotraf S.A., 1985.
- DUBY, G. Y PERROT, M. (bajo la dirección de). *Historia de las mujeres*. Madrid: Editorial Taurus (del Grupo Santillana S.A.), 1992.
- EIBL-EIBESFELDT, I. *Amor y odio*. México: Siglo XXI, 1977.
- *Etología*. Barcelona: Omega, 1974.
- ELÍADE, M. *Mefistófeles y el andrógino*. Barcelona: Labor S.A., 1984.
- ELLUL, J. *Los nuevos poseídos*. Caracas: Monte Avila, 1978.
- ENCICLOPAEDIA BRITANNICA. Tomo XV: Sex and Sexuality. Tomo XVI: Reproduction, 15th Edition.
- FEYERABEND, P. *Adiós a la razón*. Madrid: Tecnos, 1984.
- FISCHER, J. *Diferenciación sexual. (Mecanismos embriogénéticos. Alteraciones Conexas)*. Buenos Aires: ISBN 950-43-2132-1, 1988.

- FLETCHER, R. *El instinto en el hombre*. Buenos Aires: Paidós, 1982.
- FOUCAULT, M. *Historia de la sexualidad*. Tomo 1: *La voluntad de saber*. Tomo 2: *El uso de los placeres*. Tomo 3: *La inquietud de sí*. México-Madrid: Siglo XXI Editores S.A. de CV y Siglo XXI de España Editores S.A. (en coedición), 1977, 1986, 1987.
- FREUD, S. *Obras Completas*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1948.
- FRIEDMAN, A. *Hermaphrodity (The autobiography of a poet)*. First Bard Printing. New York: Avon Books (Hearst Corporation), 1974.
- GIOIA, T. Curso sobre "Teoría de los instintos", dictado en la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, 1980-81.
- HIB, J. *Embriología médica*. Buenos Aires: El Ateneo, 1988.
- JUNG, G.C. *La Realtà dell'Anima*. Roma: Astrolabio, 1949.
- *Arquetipos e inconsciente colectivo*. Buenos Aires: Paidós, 1977. 1ª ed.
- KACELINIK, A. Sexualidad y biología. *Psicoanálisis* (Revista de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires), vol. XVI, n° 2, 1994.
- KLEIN, M. *Contribuciones al psicoanálisis*. Buenos Aires: Hormé, 1947.
- *El psicoanálisis de niños*. Buenos Aires: Hormé, 1964.
- KLEIN, V. *El carácter femenino*. Buenos Aires: Paidós, 1958.
- KOVADLOFF, S. *La nueva ignorancia*. Buenos Aires: Rei, 1992.
- KUHN, T.S. *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1988.
- LACAN, J. *Écrits*. París: Éditions du Seuil, 1996.
- *Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1976.
- LÉVI-STRAUSS, C. *Las estructuras elementales del parentesco*. Buenos Aires: Paidós, 1969.
- LORENZ, K. *La otra cara del espejo*. Barcelona: Plaza y Janés, 1974.
- *Sobre la agresión: el pretendido mal*. México: Siglo XXI, 1978.
- Y LEYHAUSEN, P. *Biología del comportamiento: raíces instintivas de la agresión, el miedo y la libertad*. México. Siglo XXI. 1979.
- MONOD, J. *El azar y la Necesidad*. Barcelona: Tusquets, 1981.
- MONTAGU, A. *La naturaleza de la agresividad humana*. Madrid: Alianza, 1978.
- *Proceso a la sociobiología*. Buenos Aires: Tres Tiempos, 1962.
- MORIN, E. *El paradigma perdido*. Barcelona: Kairós, 1974.
- MUJICA LAINEZ, M. *El Unicornio*. Barcelona: Seix Barral S.A., 1985.
- NAGUEL, E. *La estructura de la ciencia*. Buenos Aires: Paidós S.A.C.I.F., 1968.
- PLANCK, M. *Where is Science Going?* Nueva York: Norton, 1932.
- POPPER, K.R. Y ECCLES, J.C. *El yo y su cerebro*. Barcelona: Labor, 1980.
- RANK, O. *El doble*. Buenos Aires: Ed. Orión, 1976.
- REICH, W. *La función del orgasmo*. Barcelona: Paidós, 1981.
- ROBBINS. *Patología estructural y funcional*. Madrid: Mc Graw-Hill, 4ª Ed.. 1991.
- RODRÍGUEZ, S. *Psicoanálisis y Ciencias. Imago Agenda*. N° 182, 2014.

- ROUGEMONT, D. DE. *El amor y Occidente*. Barcelona: Kairós, 1986.
- SAPPHO. Boston: Shambala Publications, Inc., 1994.
- SINAY MILLONTSCHIK, C. *El Psicoanálisis, esa conjetura. El humano suplicio de interpretar*. Buenos Aires: Paidós, 1993.
- *El Andrógino. (La enigmática sexualidad de nuestro tiempo)*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1996.
- *Homossexualidade Hoje: ¿Verdadeira Compreensão ou Objeto de Consumo?*, en *Homossexualidade. Formulações Psicanalíticas Atuais*. Porto Alegre: ARTMED, 1998.
- *El Dueño de la Mirada*. Buenos Aires: Torres Agüero Editor, 1989.
- *Psicoanálisis y Chamanismo. Curar con palabras*. Buenos Aires: Letra Buena, 1991.
- *De sangre en sangre*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1993.
- *Yocasta: ese niño debe morir*. Buenos Aires: Typos Editora, 1993.
- SJOBERG, M.D. y col. *Fertility and Sterility*, 41: 551, 1984.
- SMART Y COL. *Fertility and Sterility*, 35: 397, 1981.
- SNOW, C.P. *Las dos culturas y un segundo enfoque*. Madrid: Alianza Editorial, 1977.
- STUBRIN J. P. *Sexualidades y homossexualidades*. Buenos Aires: Kargieman, 1993.
- THORPE, W. H. *Naturaleza animal y naturaleza humana*. Madrid: Alianza, 1980.
- TORT, M. *El deseo frío (Procreación artificial y crisis de las referencias simbólicas)*. Buenos Aires: Ed. Nueva Visión S.A.I.C., 1994.
- WEISS, L. *Histología*. Buenos Aires: El Ateneo, 1986.
- WEITLAUFF, H.M. *The Physiology of Reproduction*. New York: Knobil-Neil, Raven Press, 1988.
- WILBER, K. (Editor). *Cuestiones cuánticas. Escritos místicos de los físicos más famosos del mundo (Heisenberg, Schrödinger, Einstein, Jeans, Planck, Pauli, Eddington)*. Barcelona: Kairós, 1984.
- WILSON, E.D. *Sociobiología. La nueva síntesis*. Barcelona: Omega, 1980.
- YOURCENAR, M. *Memorias de Adriano*. Buenos Aires: Ed. Sudamericana, 1987.
- ZOLLA, É. *Androginia*. Madrid: Ed. Debate S.A., 1990.